

# La cabaña

Sergio Perelló / Escuela Nacional de Antropología e Historia

Vamos subiendo llenos de ansias hacia los montes que cercan la ciudad, mientras sentimos el golpear de las llantas en las grietas del piso de concreto. Rutinario, como otros días, el coche va despacio en dirección al poniente y un pueblo sin nombre nos ve pasar, respondiendo con ladridos el esfuerzo del motor. ¿Ves la iglesita? Me preguntas entre indiferente y asombrada, contesto que sí y frunzo el entrecejo; estoy de supuesto mal humor por algo sin importancia que habrá ocurrido entre nosotros un momento antes y que forma parte del juego. Ahora tú te quedas seria y no hablas, pas, aprieto el acelerador, un bache, pas, otro, carajo digo y rápido me aconsejas que no me enoje, que no la riegue.

Ya no hay pueblo; lo dejamos atrás hace un momento; ahora son árboles sembrados al filo de la carretera los que se aferran al suelo como tú al amor y yo a las ideas. La luz de un sol anaranjado juega con el polvo del parabrisas sucio y no deja ver más que destellos de atardecer; ya es hora de que lo lave, pero ya ves, siempre que tenemos tiempo nos fugamos arriba; cuanto antes mejor, digo, más tiempo tendremos para estar juntos y regresar a cenar cada quien en su. ¡Ah! , mira, ahí está la cabaña detrás de ésta, la nuestra no se ve todavía. El comentario de siempre, la ilusión de siempre, más bien emoción, satisfacción de encontrar lo que tan íntimamente nos pertenece, una cabaña en el bosque, en un claro de las faldas del Ajusco, después la sonrisa pícaro de saber que llegamos para amarnos, parecemos niños, somos niños, somos nosotros dos al encuentro de nuestro refugio, y en tanto, te acaricio una rodilla con la mano derecha mientras con la izquierda manejo el cochecito: casi un profesional. Nos estamos poniendo a tono; nos excitamos y mi mano ayuda; ya no me acuerdo del mal humor y pienso que a veces adoptamos posiciones fingidas para ganar terreno en una lucha sin reglas —con pocas reglas— y sin objetivo —el único objeto de encontrarse al fin—, conténtame o no te hablo, si no me contentas me voy a enojar en serio o te daré un inesperado beso y habré perdido el juego, nuestro juego, del que nunca hablamos.

Sí, somos unos niños y las montañas se ven negras porque el sol está de-

trás de ellas y el cielo es de cualquier color que ya no veo porque pienso en tu rodilla y en mi mano que se quedó quieta y al instante empiezo a moverla, a recuperar terreno sobre tu piel, tus piernas, hoy no traes medias, me gustas más así, las medias son para la vista y no para el tacto, me excitas más así. Ahora se impone el silencio y el motor del carro habla más fuerte que nosotros; estás perdida en tus ideas, una tras otra, sin coherencia y yo también respiro el aire de montaña, boscoso, que da oxígeno a mi sangre, y casi la veo o la siento llevando bienestar a todo mi cuerpo. Te veo de reojo sentada en toda tu tranquilidad mirando el paisaje en movimiento, porque así lo conocemos, cambiante, nunca está quieto, difícilmente nos paramos a mirar, siempre corriendo, lo que mi abuelo nunca hubiera querido hacer; un pino detrás de otro, una milpa que se mueve uniformemente hasta dejar ver una casa de labriego que al fin se esconde tras otra milpa que no creció lo suficiente, suelo medido en kilómetros que vamos dejando atrás, tan sólo eso es el campo para nosotros. Todo pasa por tu mente; estás pensando en cualquier cosa, en tantas cosas que tienes la mente en blanco, demasiadas imágenes para retenerlas, del paisaje, de lo que hablabas ayer, del recuerdo de esto y aquello y estoy a punto de preguntarte en qué piensas y tú me dirás en nada, y te pregunto en qué piensas cariñola, no te gusta lo de cariñola y en nada, estás viendo nadamás, no te cansas de ver según dices, los árboles tan padres, los árboles en esa curva que parece que se lo coman a uno, entre tanto verde se pierde el camino, no se ve.

Descruzas la pierna y te arrimas diciendo que hay mucha neblina y no se podrá ver la ciudad, que sólo la hemos visto unas tres veces porque siempre está igual. Una curva más y ya estamos. Mira la otra cabaña que están haciendo, está rebonita, eso ya es una casa hecha y derecha con planta de luz y todo, y pagan de renta lo mismo que nosotros pero le metieron mucha lana aparte, y nosotros con trabajos podemos pagar cada mes, pero aguanta tener una responsabilidad, es bonito tener una cabaña por cuenta propia, vale la pena el sacrificio y ni tanto sacrificio pues igual nos dan de comer, minijunior clasemedia; hace hambre y aquí no hay nada, hubiéramos comprado algo en el pueblito y me acordé pero no traigo dinero, yo te hubiera prestado, bueno pa' la próxima pues, hubiera es conjugar el verbo haber en tiempo pendejo, y todavía me contestas que se está poblando rápidamente el cerro este.

El camino de tierra es de unos cien metros y al final, después de pasar otras dos cabañas, está la nuestra: un espacio limitado por paredes y ventanas, un techo y una puerta; la abrimos y se escapa el olor de tres días de encierro: tres días de oscuridad rotos por la luz que entra por la ventana al correr la cortina; y vemos la ciudad allá abajo entre humo de fábricas y aire intensamente respirado. Al fondo, los volcanes vestidos de blanco nos llaman la atención.

Dos cuartos y uno sin amueblar que nos sobra, todavía nos queda grande la cabaña. Está calentito aquí adentro pero de cualquier modo tendremos que prender la chimenea, yo lo hago mientras tú te has puesto a barrer. Necesitamos leña y chras, la madera cede quejumbrosa al hacha mal afilada, chras, todo es tan sano y bonito dirías, tan enajenantemente bonito. Chras, otro golpe y más madera para el fuego que rompe el silencio de los magueyes de afuera y da un toque de solemnidad a nuestros actos rituales, preludeo del amor. Estoy sudando: es que te acercas mucho a la chimenea, aléjate un poco, ahora pongo el café, nomás nos falta el piloncillo pero aún así con azúcar está sabroso, no hay galletas. Apenas hemos cruzado unas palabras y sin embargo siento que no es necesario hablar, que nuestra presencia lo dice todo, que aquí la comunicación es ilimitadamente grande entre nosotros para dete-

riorarla con palabras; eso siento pero no hay nada sobrenatural, ningún cambio cualitativo, todo lo que siento es sólo para mí, en mi cabeza están mis pensamientos y en la tuya habrá otros que pueden ser iguales o parecidos en momentos o divergentes; seguro, porque tu cabeza no es la mía, y lo sé porque yo estoy huyendo de las palabras maravillado por la supuesta comunicación y tú insistes en que hablemos sentados yo en un sillón y tú en mis rodillas, entre beso y caricia palabras de reproche: nunca hablamos, llegamos y te pones a hacer leña como loco y cuando te das cuenta de que estoy aquí te me echas encima y listo; de todos modos estamos juntos y nos gusta, así somos: me río, te ríes, se ríen, se dan cuenta de que comunicar es compartir, se besan y la ropa estorba y se la quitan y se estremecen entre el aliento lujurioso y velas que se extinguen.

Las manos cesan en su búsqueda de piel, saturadas de placer, para dar paso a las palabras lentas y reflexivas al oído que se cruzan en el aislamiento de dos seres en una cabaña, santuario personal del amor, reducto de placer, de la calma. . . comprensión, ternura, felicidad, amor, te digo que todo es un mito burgués, lo único que existe es gente en relación, tú y yo en relación sexual y alguna otra cosa compartida, nada de abstracciones sentimentales, ahora acostados uno al lado de otro, reposando, sintiendo todo, casi sonrientes, despreocupadamente preocupados por no importa qué. Están solos y cualquier cosa, un ruido que ocurra alrededor, lo comparten sin dejar de sentir frío en los pies y levantarte al improvisado baño mientras yo avivo el fuego y tú regresas diciendo cosas deliciosamente cursis sin sentido pero dulces, sin realidad pero vivas y avivo el fuego y soplo y pienso que no parece real que tengamos una cabaña; no hay nada diferente pero las cabañas siempre han sido de otros, de unos cuantos, de algún amigo que viaja mucho, de alguien que trabajaba en el despacho de su padre mientras estudiaba arquitectura y me invitaba a ver cómo construía su cabaña y yo soñaba entonces y ahora casi sueño. Una cabaña y podemos venir cuando queramos a ver la ciudad tan diferente desde aquí arriba y sentir que hay otros mundos mejores y peores, soplo, hay quien tiene su cabaña y se aísla en ella de un mundo lejano al que no pertenece, otros conspiran, otros más se acordarán de que son superiores y verán a Dios entre hierba y trago; yo descanso aquí de un mundo que me duele y trato de pensarlo y entenderlo porque en él me muevo, soplo, llegas por atrás, vuelvo a dirigir mi aliento al fuego que se enfurece con la corriente de aire, me abrazas mientras estoy en cuclillas y dejas caer todo el peso de tu cuerpo sobre mi espalda, soplo, esto es lo que me gusta de la casita, es lo más justificable de la propiedad privada y me justifico, me excuso, me disculpo, se justifica, es una guarida, implica muchas cosas, es un enorme útero donde refugiarse y olvidarse conscientemente de los pequeños fracasos cotidianos, donde también se festejan cotidianamente los grandes triunfos, donde se puede vivir otra vida con amigos, con la novia, solo. Una cabaña que es el motivo por el que alguien te desprecia, la envidia de un cretino, un deseo —como yo en otro tiempo—, otro más te cataloga a su manera; es un club de sueños donde soy el único socio, es un lujo, un garito personal, un insulto al que tiene su parcela más abajo, es un símbolo de una clase a la que no pertenezco y a la que hoy le robo algo; aquí podría vivir una familia de campesinos y por lo mismo, a una señora que conozco le parecería una choza repugnante a la que jamás —un jamás enfático fuertemente acentuado y ligeramente cantado— entraría. Soplo, las llamas crecen de los troncos carbonizados a modo de despedida antes de irnos, como si supieran que dentro de un momento tendremos frío al marcharnos y nos ofrecen su último calor. Tendrás frío y ya en el coche, de regreso, te acercarás a mí contenta, extenuada, y regocijadamente te tendré a mi lado pensando que pensarás no sé qué cosas.

Otros tienen su cabaña y se esconden en ella en su constante evasión del subdesarrollado mundo que los envuelve, mundo sucio y cruel dirían, y yo digo lo mismo aunque perdonándome porque mi cabaña es para ver la ciudad con más calma y desde lejos cuando las cosas me hostigan un poco más que de costumbre, pero quizá también me estoy evadiendo, pero aquí tomo aliento y soplo, soplo, soplo, soplo avivando el último fuego mientras afuera las horas transcurrían lentamente, rápidamente, detenidas por la imaginación, aligeradas por la vida, pensaba en su cabaña, en la de otros, todo era igual después de que había parecido distinto por un momento, dentro de poco al llegar abajo el mundo volvería a clavarse en la misma forma y por las mismas cosas y actitudes, por los mismos acontecimientos de su ciudad y su planeta y todo sería una constante agresión, y pasado mañana querrá evadirse y subir a las montañas; montañas que unos gozan en sueños y en cabañas donde llevan a su chica y estallan en pasión. Y pensará, otra vez sólo pensar estando en las montañas que unos gozan y otros, perdidos en el olvido o en las hojas de un discurso, trabajan duramente para sacarle al cerro cualquier cosa y malcomer en un jacal donde crezcan sus hijos, hijos del sudor y del arado cansado, de la frustración y la ignorancia, hijos de la chingada que nunca tendrán una cabaña.

